

Paulo Coelho

Adapta la obra de Henry Drummond

El Don Supremo



Paulo Coelho

Adapta la obra de Henry Drummond
El Don Supremo

Traducción de Pilar Obón

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *O Dom Supremo*

- © Paulo Coelho, 1991
Publicado de acuerdo con Sant Jordi Asociados, Agencia Literaria S. L. U., Barcelona (España)
www.santjordi-asociados.com
<http://paulocoelhoblog.com/>
- © por la traducción, Pilar Obón, 2014
Traducción cedida por Sant Jordi Asociados, Agencia Literaria S. L. U., Barcelona (España)
Derechos exclusivos para idioma español en España:
- © Editorial Planeta, S. A., 2015
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta: Shutterstock
Imagen del interior: Shutterstock
Fotografía del autor: © Xavier González
Primera edición en Colección Booket: enero de 2015

Depósito legal: B. 23.496-2014
ISBN: 978-84-08-13282-0
Composición: Víctor Iguar, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España



¿Ves a esta mujer?

Entré en tu casa, y no me diste agua para los pies; ella, sin embargo, regó mis pies con sus lágrimas y los enjugó con sus cabellos.

No me besaste; ella, entretanto, desde que entré no cesa de besarme los pies.

No me ungiste la cabeza con aceite, pero ella con bálsamo ungió mis pies.

Por eso te digo: perdonados le son sus muchos pecados, porque ella amó mucho; pero aquel a quien poco se perdona, poco ama.

LUCAS, 7; 44-47



A finales del siglo pasado, en una tarde fría de primavera, un grupo de hombres y mujeres venidos de diversos lugares de Inglaterra se reunió para escuchar al más famoso predicador de aquella época. Estaban ansiosos por oír lo que el hombre tenía que decir.

Pero después de ocho meses recorriendo varios países del mundo en un cansado trabajo de evangelización, el predicador se sentía vacío. Observó a su pequeña audiencia, ensayó algunas frases y terminó por desistir. El Espí-

ritu de Dios no lo había tocado aquella tarde.

Triste, sin saber qué hacer, se volvió hacia un joven misionero que estaba entre los presentes. El muchacho había regresado de África poco tiempo antes y quizá tuviera algo interesante que decir.

Entonces, pidió al joven que lo sustituyera.

Las personas reunidas en aquel jardín en Kent quedaron un poco desilusionadas.

Nadie sabía quién era el joven misionero. En realidad, ni siquiera era un misionero. Había rehusado su ordenación como ministro porque no estaba seguro de que aquella fuera su verdadera vocación.

En busca de una razón para vivir, en busca de sí mismo, el muchacho había pasado dos años en el interior de África, entusiasmado con el ejemplo de personas que iban tras un ideal.

A la audiencia del jardín de Kent no

le gustó el cambio. Había ido hasta allí para escuchar a un predicador experimentado, sabio y famoso, y ahora se veía obligada a escuchar a un joven que, como ellos mismos, todavía luchaba por encontrarse a sí mismo.

Pero Henry Drummond —ése era el nombre del muchacho— había aprendido algo.

Henry pidió a uno de los presentes que le prestara una Biblia y leyó un fragmento de la Carta de San Pablo a los Corintios:

«Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tuviera Amor, sería como el bronce que suena, o como el címbalo que tañe.

Aunque tenga el don de la profecía y conozca todos los misterios y toda la ciencia; aunque tenga una inmensa Fe, al grado de mover montañas, si no tuviera Amor, nada seré.

Y aunque reparta todos mis bienes entre los pobres, y aunque entregue mi

propio cuerpo para que sea quemado, si no tuviera Amor, nada de eso me servirá.

El Amor es paciente, es benigno, el Amor no se consume en celos, no se vanagloria, no se enorgullece, no se conduce inconvenientemente, no busca sus intereses, no se exaspera, no se resiente del mal; no se alegra con la injusticia, sino que se regocija con la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El Amor jamás acaba. Pero, habiendo profecías, desaparecerán; habiendo lenguas, cesarán; habiendo ciencia, pasará. Porque en parte conocemos y en parte profetizamos.

Pero cuando viera lo que es perfecto, lo que entonces fuera en parte será aniquilado. Cuando era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, pensaba como un niño. Cuando llegué a ser hombre, desistí de las cosas propias del niño.

Porque ahora vemos como en un espejo, oscuramente, y entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, y entonces conoceré como soy conocido.

Ahora, entonces, quedan la Fe, la Esperanza y el Amor.

Esos tres.

Pero de ellos, el mayor es el Amor.»



Todos escucharon en respetuoso silencio, pero seguían decepcionados. La mayoría ya conocía el fragmento y ya había meditado largamente sobre él.

El muchacho podía haber elegido algo más original, más palpitante.

Cuando terminó de leer, Henry cerró la Biblia, miró al cielo y comenzó a hablar:

Todos nosotros, en algún momento, nos hicimos la misma pregunta que se han hecho todas las generaciones:

¿Qué es lo más importante de nuestra existencia?

Queremos emplear nuestros días de la mejor manera, pues ninguna otra persona puede vivir por nosotros. Entonces necesitamos saber: ¿hacia dónde debemos dirigir nuestros esfuerzos, cuál es el supremo objetivo que debe ser alcanzado?

Estamos acostumbrados a escuchar que el tesoro más importante del mundo espiritual es la Fe. En esta simple palabra se apoyan muchos siglos de religión.

¿Consideramos la Fe lo más importante del mundo? Pues bien, estamos completamente equivocados.

Si creímos en eso en algún momento, podemos dejar de creer.

En el pasaje que acabo de leer fuimos llevados a los primeros tiempos del cristianismo. Y, como vimos, *«quedan la Fe, la Esperanza y el Amor. Esos tres. Pero de ellos, el mayor es el Amor.»*

No se trata de una opinión superficial de Pablo, el autor de esas líneas. A fin

de cuentas, un momento antes él había hablado de la Fe y dijo:

«Aunque tenga una inmensa Fe, al grado de mover montañas, si no tuviera Amor, nada seré.»

Pablo no evadió el asunto; por el contrario, comparó la Fe con el Amor. Y concluyó:

«[...] de ellos, el mayor es el Amor.»

Debe de haber sido muy difícil para él decir eso teniendo en cuenta que un hombre suele recomendar a otros aquello que es su punto fuerte.

El Amor no era el punto fuerte de Pablo. Un estudiante observador notará que, a medida que envejecía, el apóstol se volvía más tolerante, más tierno. Pero la mano que escribió «Pero de ellos, el mayor es el Amor» estuvo muchas veces manchada de sangre en su juventud.

Además, esa Carta a los Corintios no es el único documento que muestra el Amor como el *summum bonum*, el Don Supremo. Todas las obras maestras del cristianismo concuerdan en ese punto.

Pedro dice: *«Sin embargo cuida, por encima de todo, el Amor intenso de unos para con los otros porque el Amor cubre multitud de pecados».*

Y Juan va más lejos: *«Dios es Amor».*

Podemos leer, también, en otro texto de Pablo: *«El cumplimiento de la Ley es el Amor».*

¿Por qué Pablo dice eso? En aquella época, los hombres buscaban llegar al Paraíso cumpliendo los Diez Mandamientos, y los centenares de otros mandamientos que habían creado con base en las Tablas de la Ley. Cumplir la ley era todo. Era, incluso, más importante que vivir.

Entonces Cristo dijo: *«Voy a mostraros una manera más simple de llegar al Padre. Si la aprendéis, podéis hacer centenares de otras cosas sin temor de ofender a Dios.*

»Amor. Si amáis, estaréis cumpliendo la ley, aunque no tengáis conciencia de ello.»

Podemos comprobar por nosotros mismos que ese consejo funciona.

Tomemos cualquiera de los mandamientos: «Amar a Dios sobre todas las cosas». He aquí el Amor.

«No tomarás el nombre de Dios en vano.»

¿Osaríamos hablar superficialmente de alguien a quien amamos?

«Santificarás las fiestas.»

¿No estamos muchas veces ansiosos, esperando el día de encontrarnos con quien amamos para dedicarnos al Amor? Entonces, si amamos a Dios, sucederá lo mismo.

El Amor exige que obedezcamos todas las leyes de Dios.

Cuando un hombre ama no es necesario exigirle que honre a su padre y a su madre o que no mate. Exigir que no robe al hombre que le desea el bien a su prójimo es una ofensa: ¿cómo podría robarle a alguien a quien ama? Y sería superfluo pedirle que no levante falsos testimonios, pues jamás haría eso, como sería incapaz de desear a la persona que otro ama.

Por lo tanto, «*el Amor es el cumplimiento de la Ley*».

El Amor es la regla que resume todas las otras reglas.

El Amor es el mandamiento que justifica todos los otros mandamientos.

El Amor es el secreto de la vida.

Pablo lo aprendió y nos dio, en la carta que leímos hace un momento, la mejor y más importante descripción del *summum bonum*, el Don Supremo.